



Aspiraciones actuales y transmisión de la fe

En este tiempo posmoderno es cierto que, en términos generales, los grandes relatos (al menos, los innovadores y progresistas) parecen haber caído en desgracia. Lo único real parece ser el subjetivismo y el solipsismo, hasta el punto de dar la impresión de que inundan y se enseñorean de todo. Sin embargo, este tiempo también está plagado de pequeños relatos, de modestas parábolas en las que se da concentrada toda una utopía. Y también de comportamientos, aparentemente insignificantes pero plenos de fraternidad y —precisamente por ello— sanadores y curativos. A lo largo de estas líneas quisiera mencionar y comentar brevemente, al menos, tres: la preocupación por los países del Tercer y del Cuarto Mundo, la defensa de los derechos humanos y la creciente inquietud por dar con una experiencia religiosa que remita y relacione con el fundamento de la existencia humana.

Jesús Martínez Gordo*

* Profesor de la Facultad de Teología del Norte de España. Sede de Vitoria-Gasteiz.

La aspiración a una mayor solidaridad: la preocupación por el Tercer y Cuarto Mundo

LO decía ya hace algunos años un informe al Club de Roma nada sospecho de incurrir en veleidades desestabilizadoras y que pasó relativamente desapercibido: estamos asistiendo a una revolución silenciosa (1). Agotados o medio exhaustos los grandes proyectos emancipadores en nombre de la libertad al precio de la solidaridad o de la solidaridad al precio de la libertad (y que, por desgracia, no han podido eludir las tragedias del estalinista archipiélago Gulag ni del totalitario campo de exterminio de Auschwitz), están apareciendo pequeños relatos preñados de utopía, impregnados de fraternidad y altamente curativos: las Organizaciones No Gubernamentales, las ONGs. Ellas están encabezando y canalizando la llamada *revolución de los desheredados*. Y tratan de hacerlo no sólo curando la herida (lo que no es poco), sino también tratando de salir al paso de las causas estructurales que generan tanto dolor en los países del Tercer Mundo y en la trastienda de nuestras propias ciudades y barrios, en el llamado Cuarto Mundo.

La posible existencia de algunas ONGs, más atentas a vivir de las subvenciones o a explotar el corazón encogido de los ciudadanos haciendo de ello un *modus vivendi* (2), no logra enturbiar ni acallar lo que es un admirable y esperanzador clamor: las ONGs señalan que en el sujeto actual, moderno o posmoderno, hay todavía entrañas de solidaridad y generosidad.

Afortunadamente, entre nosotros hay personas y colectivos capaces de

(1) Cf. Schneider B.: *La revolución de los desheredados. Informe al Club de Roma*, Madrid, 1986, pág. 3: si bien es cierto que durante años algunos pudieron pensar que las ONGs eran *pequeños laboratorios de experimentación*, son cada vez más numerosos los observadores que en la actualidad estiman que en realidad se trata de un fenómeno cuyas dimensiones económica y humana sugieren que es portador de esperanza.

(2) Cf. Schwartz P: «El discurso político de las ONG», *El País*, 7-XII-1996, pág. 34. Cf. también en *El País*, 10-II-1997, pág. 28, la entrevista a Pilar Estébanez, presidenta de Médicos del Mundo. Cf. Ibíd., González Carvajal, L.: *Con los pobres contra la pobreza*, Madrid, 1991, pág. 136 donde, después de contar cómo se calculaba que en 1981 había dentro de la Comunidad Europea unos quince millones de voluntarios, apunta que la Cruz Roja llegó a contabilizar en España nada menos que 20.750 entidades y asociaciones de voluntariado. No obstante, después de excluir las que no reunían los requisitos mínimos o incluso eran desconocidas en sus domicilios, el número quedó reducido a 969.

reivindicar que se aplique el 0,7 por 100 en los presupuestos del Estado y que, en coherencia con tal reclamación, apliquen el mismo criterio en las diferentes partidas presupuestarias que manejan, ya sean domésticas o públicas.

Y, también, son cada día más las personas que –conscientes no sólo de la precariedad del empleo sino también de la lacra del paro y de la fortuna que tienen al poder trabajar– aportan un día de su sueldo al mes para, al menos, paliar la penosa y dramática situación de quienes quisieran ejercer su profesión y ya no tienen acceso al subsidio de desempleo.

No hace mucho se ha estrenado otra iniciativa todavía más existencialmente implicativa: vivir durante un mes con el salario mínimo para así experimentar en nuestras carnes –aunque sólo sea por treinta días– qué es eso de subsistir. La solidaridad no sólo como llamada a compartir una cantidad de dinero sino como invitación a vivir –aunque por un tiempo que para otros es toda una existencia– en unas condiciones económicas imposibles o, cuando menos, altamente complicadas.

Pero hay más. Empieza a ser habitual encontrarse con personas y colectivos capaces de dar –lo que no es poco– no sólo una parte de su dinero (reconociendo prácticamente que lo que ganan y administran tiene una hipoteca social que va más allá de los impuestos fiscales), sino que, además, dan una parte de su tiempo. Esto es algo que se puede apreciar cuando alguien es capaz de dar diaria o semanalmente unas cuantas horas para acompañar a un anciano a quien el tiempo se le hace eterno, cuando se meten horas sin cuento en una asociación de padres de alumnos o en un centro de promoción de la mujer o en un partido político o en una central sindical o en una asociación defensora de los derechos humanos o para imaginar creativamente cómo es posible ir cambiando este sistema y las causas estructurales que generan tanto dolor y miseria (3).

Tengo que reconocer que estas pequeñas grandes historias (contagiosas, al escucharlas) muestran con mayor evidencia su carga utópica cuando no son recibidas en la generosidad que presentan, cuando se las desacredita o, simplemente, se las desprecia como pérdida de tiempo o como desviación de una mala conciencia no acallada. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1, 46). ¿De las ONGs, de estos pequeños gestos de solidaridad, puede brotar fuerza alguna capaz de cambiar el rumbo de este mundo?

Las ONGs –como símbolos de los pequeños gestos de solidaridad que diaria y silenciosamente se prestan– son, en nuestros días, luces que pueden

(3) Cf. *Misión Abierta*, 2 (1997) 51: en España hay, según el presidente de la Plataforma para la Promoción del Voluntariado, 500.000 voluntarios.

originar hermosas parábolas, grandes relatos y algunas curaciones. Ciertamente, tienen la virtualidad de ensanchar el ámbito y el territorio de la fraternidad. Tales comportamientos nos indican que no todo está perdido. Señalan que lo bueno todavía sigue teniendo carta de ciudadanía.

En cualquier caso, no se ha de olvidar nunca que esta aspiración a la solidaridad se gesta, nace y se desarrolla en el seno de una estructura política y económica neoliberal que ha hecho de la búsqueda del mayor beneficio posible la única norma, sacrosanta y respetable. Cualquier otro tipo de criterio habrá de estar sometido, en caso de colisión con éste, al dictado del beneficio y, por ello, del más fuerte. No faltan análisis al respecto (4) y, lo que es más triste, sobran situaciones concretas de dolor y muerte.

La transmisión de la fe a la luz de la solidaridad: la primacía de la fe práctica y el riesgo del asistencialismo

ESTE sucinto, incompleto y criticable diagnóstico sobre la solidaridad me lleva a considerar cómo es la relación entre la fe y la constatación reseñada o, con más precisión, me conduce a analizar dónde están los puntos de contacto y desencuentro entre esta aspiración y la transmisión de la fe (la que efectivamente se realiza y la que se deja traslucir a través de los medios de comunicación). Sólo a partir de tal diagnóstico será posible reforzar lo que de positivo pueda haber en dicha relación, así como subsanar las posibles dificultades.

Pues bien, cuando contemplo la creciente solicitud de esta época por la solidaridad en medio del egoísmo que parece engullirlo todo y considero el seguimiento de Jesús que se vive en mi Iglesia, percibo una sintonía sin igual. Creo que se está haciendo verdad que quien ama conoce a Dios y está en Dios (Cf. 1 Jn 4, 8). Y la verdad es que me encuentro a gusto con este rostro que presenta mi Iglesia. La solidaridad es una aspiración con que la

(4) Cf. Montes P.: *El desorden neoliberal*, Madrid, 1996. Es una sugerente y aguda crítica de las bondades que supuestamente aporta la perspectiva neoliberal. Cf. también Sebastián L.: *Mundo rico, mundo pobre. Pobreza y solidaridad en el mundo de hoy*, Santander, 1992; *La gran contradicción del neo-liberalismo moderno o la sustitución del humanismo liberal por el darwinismo social*, Barcelona, 1989; Cristianisme i Justícia: *El neoliberalismo en cuestión*, Santander, 1993. Sotelo I.: «El fundamentalismo liberal», *El País*, 17-XII-1994, pág. 11. Banco Mundial: *Informe sobre el desarrollo mundial*, Madrid, 1995. Termes, R. (dir.): *Libro blanco sobre el papel del Estado en la economía española*, Madrid, 1996.

Iglesia no tiene dificultad en sintonizar. Cuando ello sucede, se comparten relatos de curaciones y se producen encuentros superadores de barreras ideológicas.

Por ello, a la luz de esta primera constatación, creo que la preferencia (que no la exclusividad) se ha de conceder a la fe practicada sobre la mera confesión explícita de la fe. Ello no obsta para reconocer que está en toda praxis correcta expresarse, formularse y explicitarse. Otros teólogos, como Hans Urs von Balthasar, se han encargado de criticar estas acentuaciones y sus respectivos comportamientos llegando a calificarlos de *ateísmo cristiano* (5). Sin negar que puede haber algo de verdad en esta observación crítica (la pérdida de la identidad cristiana), no es menos verdad que quien se comporta solidariamente conoce y está en Dios. Quien da de comer al hambriento, de beber al sediento, acoge al desvalido o visita al enfermo y encarcelado (Cf. Mt 25, 31 y ss.) ha percibido y vive —en el marco de la cosmovisión cristiana— el misterio amoroso de Dios, independientemente de que se llame, se le considere o se le pueda tratar (y conste que no acaba de gustarme esta expresión) como *cristiano anónimo*. Ya lo dice el libro de los Proverbios: *El justo conoce la causa de los débiles, el malo no tiene inteligencia para conocerla* (Prov. 29, 7). O con un lenguaje más neotestamentario: muéstrame tu fe sin obras y yo te mostraré la mía con obras (Cf. Sant. 2, 18).

Al defender la primacía de la fe práctica, creo que me coloco en lo mejor de la tradición cristiana cuando se sostiene reiteradamente que el discurso teológico y la confesión suceden al encuentro con Dios en la oración y en el hermano. Nunca pueden obviarlo ni, mucho menos, suplantarlos. Esto es algo que ya dijo hace siglos Sto. Tomás y, en nuestros días, no se cansan de recordarlo los pensadores más sensatos. La confesión es importante para identificarse y saber nuestra pertenencia y, reconociéndola, incrementarla. Pero, la confesión nunca puede suplantar la centralidad de la experiencia y del encuentro con el Misterio. Y sólo desde tal experiencia y encuentro hay lugar para el discurso, la reflexión y la confesión. Una vez más, hay que recordar que es más lo que sentimos y vivimos que lo que sabemos y formulamos. Evidentemente, esta posición no tiene nada que ver —por influencia de un redivivo budismo— con una defensa a ultranza del silencio o del apofatismo.

Hecha esta primera observación sobre la primacía de la fe práctica, no deja de preocuparme, en segundo lugar, la imagen social de una Iglesia y de

(5) Balthasar H. U. von: *Gloria. Una estética teológica*. Vol. 7. *Nuevo Testamento*, Madrid, 1989, pág. 356. Cf. Id., o.c. pág. 368: *En la corriente del amor trinitario que se vierte sobre los hermanos no se entra a pie por el camino de la filantropía*.

unos cristianos todavía abonados al mero asistencialismo, a la caridad sin justicia y, por tanto, a practicar un amor desvirtuado y poco jesuánico.

Nuestras comunidades frecuentemente se sienten útiles y hasta, si se me apura, realizadas cuando curan la herida, pero tienen (tenemos) enormes dificultades para indagar y salir al paso de sus causas estructurales. Persiste todavía una cierta estética caritativa que no acaba de entenderse con quienes invitan a atajar las causas estructurales de tanto dolor y sufrimiento sin, por ello, dejar de dar pequeños, modestos y limitados pasos en la erradicación de una realidad tan impresentable.

Concretamente, echo de menos que en nuestros días se alcen más voces autorizadas contra la sacralización del mercado y el pensamiento único que tan apasionadamente defiende el pragmatismo neoliberal. Echo de menos críticas más radicales de esa máxima neoliberal que se nos está metiendo hasta los tuétanos y que proclama que *fuera del mercado no hay salvación*. Echo de menos más voces que proclamen su desacuerdo con el entreguismo, con el craso realismo y con la complicidad que generan el actual sistema económico y que apuesten más firmemente, por ejemplo, por la alternativa cooperativa (6). Echo de menos denuncias más agudas del modo de vida americano (*american way of life*), que se nos está metiendo hasta la médula. Recientemente, Juan Goytisolo se ha encargado de volver a recordarnos —como profeta en el desierto del Primer Mundo— que los peores y más dañinos de los fundamentalismos actuales no son los religiosos sino el económico y el técnico-industrial. Y que sobre tal fundamentalismo se cimenta la calidad de vida que con tanta pasión reivindicamos los ciudadanos del Primer Mundo (7).

En síntesis, es cierto que hay que incidir sobre la pobreza inmediata y sobre las estructuras. Es cierto que son precisos en nuestras comunidades (¡perdón por el pastiche!) *Téresas de Ellacuría* e *Ignacios de Calcuta*. Ahora bien, el reconocimiento de esta necesidad no puede hacernos olvidar que necesitamos profetas que nos quiten la venda del mero asistencialismo y que nos ayuden a recuperar un discurso (y, por tanto, una vida) nada cómplice con una realidad tan cruda y dura.

(6) Cf. Schweickart, D.: *Más allá del capitalismo*, Barcelona, Santander, 1997.

(7) Cf. Goytisolo, J.: «Resistir», en *Le Monde Diplomatique*, diciembre, 1996, pp. 1-2. Cf. en la misma revista el artículo de I. Ramonet: *Una lógica de opresión*. Cf. también Pfaff, W.: *Las tendencias totalitarias del capitalismo salvaje*, en *El País*, 1-II-97, pág. 12: *La idea de que un comportamiento egoísta en el mercado implicaría automáticamente un avance en el bien común se ve ahora como una ingenuidad o un autoengaño interesado*. No por sabido, conviene obviarlo.

La aspiración a una mayor libertad: la defensa de los derechos humanos

LOS derechos humanos es otro de esos indicadores que merece alguna consideración por sí mismo.

Tenemos que reconocer que cada día son más las personas y los colectivos que están dispuestos a defenderlos, a dar su tiempo, su dinero, a poner sus capacidades y habilidades para que tales derechos dejen de ser formales a beneficio de unos pocos y pasen a ser reales y para todos los seres humanos.

Las diferentes asociaciones en defensa de los derechos humanos (de todos ellos, y en particular de la mujer, de la infancia, de los emigrantes y extranjeros, de la vida y contra la tortura) señalan, una vez más, que algún gran relato, alguna parábola moderna parece estar funcionando y parece ser asumida como normal. Todavía hay curaciones y gestos de solidaridad y fraternidad.

Y la verdad es que en la defensa, aunque sea sólo formal de tales derechos, es mucho lo que se juega la especie humana: se juega, cuando menos, la posibilidad de emplear una lógica que no constituye lo que *es* en lo que *ha de ser y debe ser*. La utopía, la crítica —y, por ello, el genuino progreso— no han perdido del todo el terreno en nuestra posmodernidad tan complaciente con lo que *existe y es*. Quedan *quijotes* (imás de los que pensamos!) que no ceden el terreno —y menos, del todo— a las llamadas al realismo y a la posmoderna *sensatez* de D. Sancho.

Hay, pues, una lógica política que, al menos formalmente, está más allá de la fuerza económica y de la fuerza de los votos. O que, por lo menos, puede hacer enrojecer a quien pretenda atropellar derechos que están más allá (y por ello, han de darse más acá) de los autoritarismos económicos y políticos que parecen enseñorearse de todo y de todos.

He aquí otra parábola que merece ser contada o, cuando menos, recordada y tenida bien presente en los tiempos que corren. He aquí todo un conjunto de personas e instituciones posibilitadoras de encuentros humanos y humanizantes: Pérez Esquivel, Desmond Tutu, Gesto por la Paz, Amnistía Internacional, Asociaciones Pro Derechos Humanos, Teresa de Calcuta, Cruz Roja Internacional, Rigoberta Menchú, Ignacio Ellacuría, Paolo Evaristo Arns, Óscar A. Romero, l'abbé Pierre, voluntariado, religiosos, religiosas, misioneros y misioneras que han entregado su vida en África o en cualquier continente del mundo silenciosamente, día a día, sin notoriedad alguna...

A esta incompletísima lista puede añadir cada uno otros nombres y ape-

llidos. Serán, sin duda alguna, nombres y rostros con menos caché televisivo y desconocidos para los medios de comunicación, pero con igual o mayor carga de generosidad y entrega que los mencionados.

Y, sin embargo, no conviene finalizar esta consideración sin mencionar que la preocupación por los derechos humanos es una encomiable aspiración que se sostiene sobre su sistemática violación o desprecio. Los informes anuales, por ejemplo, de Amnistía Internacional lo evidencian con una claridad meridiana. También esta aspiración tiene su lado oculto, su reverso doliente e interpelante. Y, desgraciadamente, es este reverso el que provoca y contextualiza históricamente esta aspiración.

La vigencia del miedo a la libertad y la apelación al pluralismo indiscriminado en la Iglesia

LO tengo que decir sin rodeos: si cuando contemplo la cercanía de mi Iglesia con la causa de los pobres me siento orgulloso de ser seguidor de Jesús, no me sucede lo mismo cuando considero la aspiración a la libertad. Creo que en mi Iglesia sigue habiendo miedo a la libertad. Y aunque haya pensadores que sigan considerando como excesivamente burguesa la reclamación de la libertad al precio de la solidaridad, tengo que reconocer que la libertad es un bienpreciado al que hay que ser necesariamente sensible.

Es cierto que la comunión es bastante más que el puro y formal ejercicio de la democracia, pero no es de recibo que, en nombre de la comunión, no se respeten algunos de los derechos más elementales. Dios también habla en estas aspiraciones y la Iglesia tendría que ser, por fidelidad al Espíritu y al evangelio, más permeable a ellas en su mismo seno. Una vez más, la modernidad y la posmodernidad nos remiten a tomarnos en serio que la verdad nos hará libres (Cf. Jn 8, 32). Y en la búsqueda de la verdad también hay que mirar y escuchar los signos de los tiempos.

¿En qué puntos concretos creo que tiene que sintonizar mi Iglesia para ir ajustando su comportamiento con esta moderna aspiración a la libertad? Me remito a señalar los que me parecen más importantes. A ellos, cada uno puede añadir o quitar los que estime oportunos.

José Ignacio González Faus publicó, no hace mucho tiempo, un magnífico libro que merece ser leído y meditado por lo que entraña de amor a la Iglesia y de dolorida reivindicación de un mayor protagonismo de la comu-

nidad cristiana en la gestación y proclamación del mismo magisterio (8). No creo que las verdades de la fe sean patrimonio exclusivo de los obispos o de los sacerdotes o de los teólogos, sino de todo el Pueblo de Dios. Su promulgación requiere, por ello, el concurso de la comunidad cristiana. Esto puede sonar a provocativo, pero no es lo tanto si se mira la praxis de la Iglesia a lo largo de su historia.

Con más precisión, creo que convendría recabar y escuchar el parecer de la comunidad cristiana en materia de comportamiento sexual. Se me antoja que en este campo las separaciones y los desencuentros entre el magisterio y el *sensus fidelium* hace tiempo que se incrementan. Por duro que sea decirlo y reconocerlo, una es la doctrina proclamada y otros los criterios vividos y practicados por una parte notable de nuestras comunidades. Y esto es algo que urge revisar: por el bien de la comunidad cristiana y del mismo magisterio. Cuando menos, me gustaría que hubiera en el campo de la moral sexual una sensibilidad análoga y tan matizada como la que tiene Juan Pablo II en materia social.

Pero la aspiración secular a una mayor libertad me remite a subrayar no sólo el protagonismo de todo el Pueblo de Dios en la fijación y desarrollo de un cuerpo doctrinal, sino también en la marcha habitual de nuestras comunidades, es decir, en su gobierno. Me lleva, por tanto, a recordar que es preciso prestar más interés a la corresponsabilidad y a regular su ejercicio, por ejemplo, en la presentación y elección de los obispos.

Y retomando algunos puntos que son ya lugares y reivindicaciones comunes, me gustaría ver en mi Iglesia muchísima más sensibilidad para reconocer el papel capital de las mujeres en nuestras comunidades y, por centrarme en un aspecto, agradecería que se les permitiera acceder al ministerio ordenado. Si en la historia de la Iglesia ha habido mujeres que han sido diaconisas y que, por tanto, han sido ordenadas, ¿por qué no puede haber mujeres presbíteros? No acabo de percibir la entidad de las razones que se dan en contra de tal posibilidad.

Como también me gustaría que en mi Iglesia se conjugase la manera latina y occidental del ministerio ordenado (célibe) con otras formas no célibes del mismo. El derecho de la comunidad a disponer de presbíteros tiene que estar por encima de la norma eclesial del celibato obligatorio. Y al plantear este asunto no tendría por qué romperse la unidad de la fe, porque no hay nada más tradicional que la existencia de presbíteros también —aunque no exclusivamente— casados.

(8) González Faus, J. I.: *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesiástico*, Barcelona, 1996.

En general, me gustaría que mi Iglesia fuera más audaz para reconocer la huella y la presencia de Dios cuando se defienden las libertades cívicas y todos los derechos humanos. Por ello, me gustaría que se alegrara cuando otras comunidades y cristianos son perseguidos, amenazados, insultados (como desgraciadamente sucede en la actualidad) por no jugar al empate en esto de la reconciliación y de la pacificación del País Vasco o por ser partidaria de una resolución dialogada de la violencia etarra.

Y tengo que decir que igualmente me preocupa la cantinela que brota esta última temporada sobre la importancia de respetar el pluralismo, sobre todo, en las iglesias que han tenido posiciones un tanto abiertas y progresistas. Me preocupa que no se reivindique tal pluralismo en otras iglesias menos abiertas. Como me preocupa que haya personas que —al hilo de tal reclamo— se apunten a tal carro no reivindicando la importancia de un pluralismo con opciones. Tenemos que seguir defendiendo la discriminación positiva en la Iglesia, no sólo en la sociedad. Sencillamente, porque hay posiciones y opciones que, por la inercia de nuestras iglesias, difícilmente tendrán plaza y no la tendrán si se entra al trapo de un pluralismo indiscriminado, formalmente igual para todos. El evangelio discrimina positivamente. Y también tendrían que hacerlo de manera consciente y refleja nuestras iglesias y comunidades porque, si no, corremos el riesgo de hacer el caldo gordo a las fuerzas de siempre. Hay formas de gobierno necesitadas de despejar esta duda. De la misma manera que hay modos de hacer *oposición* o de criticar que favorecen estas reacciones.

Como también me ponen nervioso las llamadas al consenso sin explicitar las opciones sobre las que hay que construirlo para evitar que degeneren en un interesado acuerdo entre quienes disponen de fuerza, notoriedad o son capaces de hacerse valer. Hay, por ello, consensos que son puro aguafuerte y un disolvente de opciones capitales. La fundamentación de opciones tan evangélicas como la discriminación positiva en favor de los pobres, el respeto a las minorías, la centralidad de la persona por encima de los intereses institucionales, la subsidiariedad, la transversalidad de la fe, etc. está más allá de pactos y acuerdos. Me gustaría que en mi Iglesia se consensuara respetando, por ejemplo, tales principios, criterios u opciones (axiomas, dirán los matemáticos). Por tanto, más allá del respeto a la estricta correlación de fuerzas (descansen éstas en la seducción del número, en la fluidez y brillantez dialéctica o en las competencias institucionalmente asignadas).

En general, desearía que mi Iglesia tuviera la lucidez y el coraje que tiene para denunciar la violación de determinados derechos humanos, cuando mira el respeto de algunos de esos derechos humanos en su mismo inte-

rior. Creo que, si ello sucediera, mi Iglesia dejaría de ser el impedimento número uno para seguir a Jesús en nuestros días. Nos ahorraríamos tener que recordar permanentemente que *Jesús sí, Iglesia también*.

La aspiración a dar con una experiencia que remita y relacione con el fundamento de la existencia humana

EN nuestra sociedad posmoderna y tecnológicamente avanzada se va abriendo camino la aspiración a dar con una experiencia religiosa (mística, si se quiere) que remita y permita contactar con esa realidad que es reconocida –en el acto mismo de la experimentación– como el fundamento y el destino final de nuestra existencia. Hay en el ser humano (y esto no deja de ser una obviedad) una nostalgia de eternidad que no logran acallar ni el progreso, ni el compromiso, ni las parábolas, teorías y doctrinas ni el consumo ni las utopías y fetiches modernos ni tampoco la desencantada y posmoderna llamada a disfrutar del instante, del momento y de lo fugaz.

Es muy probable que esta demanda de *lo incondicional* (y, en este sentido, de lo religioso) sea la reacción normal a una larga temporada –propia de la modernidad– en la que, buscando cómo es posible que los seres humanos naden y habiendo llegado a la conclusión de que es irracional emplear tantas energías y tiempo de tal tarea, nos hemos olvidado del placer de bañarnos y de atravesar el río de una orilla a otra.

En la reivindicación posmoderna del momento, del instante y de lo frágil y frugal puede encontrarse una de las raíces de este *revival* de lo religioso, así como de la fascinación por lo esotérico y parasicológico, por el sincretismo y por las religiones, en particular, las orientales. Y, curiosamente, esta inquietud contemporánea se presenta como seducción por las narraciones que aparcan la racionalización, como interés por el encuentro que relativiza todo discurso, como búsqueda de la introspección frente a la transformación de la realidad, como anhelo de encontrarse consigo mismo frente a la acogida de la gratuita salvación, como fascinación por lo estético y contemplativo frente a lo noético y comprometido.

A nadie se le escapa que el fundamentalismo es uno de los riesgos que tiene que estar sorteando esta aspiración. Como tampoco se escapa que la huida de este mundo (la *fuga mundi*) sea –bajo la forma la introspección o bajo la forma de retirada a parajes y territorios aparentemente paradisíacos–

otro de los riesgos que rondan a las personas que se adentran por estos senderos sin contemplar debidamente las circunstancias históricas en que eclosiona este resurgir de lo religioso y esta inquietud por relacionarse con el Misterio en el que vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17, 28).

He aquí, a pesar de los indudables riesgos y tentaciones en que viene dada, otra aspiración digna de ser contada, generadora de no pocas parábolas y de muchos encuentros con el Misterio fundamental. He aquí otra aspiración capaz de curar a quien se deja atrapar y apta para reorientar la vida de quien se ha encontrado con dicho Misterio, más allá de que se pueda expresar o comunicar de manera hermosa e impactante.

El reconocimiento de que nuestro centro pasa fuera de nosotros (la experiencia como *ex-periencia*)

ES casi un tópico recordar que en todos nosotros aletea el deseo de encontrar una realidad en la que descansar y en la que beber. No pocas veces hemos proclamado con el salmista que *mi alma está sedienta como tierra reseca, agostada y sin agua* (cf. Sal 63, 2).

Probablemente, por ello, hoy en día se demanda cada vez más una presentación de la fe que, sin incurrir en la cursilería ni en la irracionalidad, sea un poco más afectiva que la ofrecida bajo el influjo de la reseca modernidad, frecuentemente cargada de ideología, de urgencia ética e incapaz de aportar motivos para vivir, respirar y –si llega el caso– comprometerse apasionadamente.

Pues bien, tengo que reconocer que la Iglesia a la que pertenezco y las comunidades de las que formo parte tienen dificultades para responder adecuadamente a esta aspiración. La frialdad del discurso ideológico y la urgencia ética (vulgarmente, moralina) siguen siendo las respuestas que ofrecemos, algo que no satisface a casi nadie. Es mucho, por eso, lo que tenemos que andar para encontrarnos no sólo con nosotros mismos, sino con lo más hondo y radical de nosotros, y –una vez descubierto– degustarlo, reconocerlo afectivamente, recrearnos y gozar de aquella realidad que percibimos como el futuro y fundamento de nuestra existencia. La oración personal, el silencio, el alejamiento del mundo y la paz interior son hoy más necesarios que nunca. Quienes apostamos por la fe como seguimiento tenemos que reconocer que la espiritualidad necesita ser regenerada, experimentada,

renovada y propuesta cada día con particular fuerza sin caer, por ello, en un espiritualismo tan evasor como disolvente.

Efectivamente, el espiritualismo es la tentación que eludir. Y la sequedad racional o la urgencia ética los riesgos que superar. Ambos extremos se soslayan en la medida en que vamos reconociendo que la experiencia auténtica es *ex-experiencia*, es decir, reconocimiento de que nuestro centro pasa fuera de nosotros mismos, que nuestro centro está en Dios y en las mediaciones históricas a las que Él ha querido asociarse libre y amorosamente: la Escritura, la Eucaristía y, de manera particular, los pobres. Cuando se da esta *ex-periencia*, este morir fuera de sí mismo, hay anticipo de la vida en plenitud, hay un encuentro conmovedor y apasionante, pueden brotar hermosas parábolas y se producen sanaciones impensables, empezando por la superación de la propia dejadez, del entreguismo a lo dado y a lo existente. Y cuando ello sucede, la posmodernidad tiembla en su aparente indiferencia y se nubla su mirada de superioridad autosuficiente.

Y si es cierto que desde las religiones orientales se nos invita a cuidar más la introspección y a mejorar la propia interioridad, conviene recordar que lo importante es encontrarse y acoger la realidad que felizmente trastoca la existencia de quien le ve y se deja tocar por ella. Quien se encuentra con el Dios de Jacob acaba tocado por Él (Cf. Gen 32, 25-33). Pocas veces el encuentro con Dios reafirma las propias preconcepciones y experiencias. Más bien, descentra y descolocando es como nos centra. Sigue siendo cierto que de los encuentros realmente impactantes brotan conversiones, parábolas y sanaciones que siempre nos han sorprendido (9).

(9) Cf. Pieris, A.: *El rostro asiático de Cristo. Notas para una teología asiática de la liberación*, Salamanca, 1991.